

## CAPITULO XVIII.

### Sitio de Puebla.

El 15 de Marzo de 1863 se preparó el General Forey, comandante en jefe del ejército francés, á atacar la ciudad de Puebla, contando para ello con 23,500 hombres y cincuenta piezas de artillería, municiones para mes y medio y provisiones para poco menos de dos meses. Estaba convencido de que la guarnición se vería obligada á rendirse luego, por los informes que había recibido de sus exploradores que continuamente habían tenido oportunidad de entrar á la ciudad durante los últimos meses. Sabía perfectamente que los defensores tenían un ejército casi tan numeroso como el suyo; pero en cambio estaba informado de que el armamento que poseían era de mala clase y que sus provisiones eran del todo insuficientes para poder resistir un sitio de alguna duración. Pero no era su intención rendir á la guarnición por hambre, pues los expertos militares que habían logrado examinar detenidamente las fortificaciones de Puebla, le aseguraban que éstas eran incapaces de resistir un asalto vigoroso y bien dirigido continuado durante varios días. Por todo lo cual determinó tomar la ciudad á viva fuerza.

Según lo manifestado por el comandante francés, en las fuerzas sitiadoras no había más que 2,000 mexicanos, si bien este número ha sido grandemente exagerado por informes ulteriores de fuentes liberales. De esto se infiere que Forey había recibido muy poco de la ayuda que esperaba le prestara el partido conservador de México y especialmente la Iglesia. En cambio había otro factor que le era favorable. Si bien los conservadores no habían acudido á ponerse bajo sus banderas en gran número, habían también rehusado afiliarse á la causa liberal. Se mantuvieron estrictamente neutrales unos, y otros se dedicaron, or-

ganizados en cuadrillas de merodeadores, á asolar el país de uno á otro confín. Y así tenemos, que en realidad, coadyuvando á la desorganización del país, contribuyeron á hacer la tarea, tanto de los franceses como de los liberales más difícil, aunque por lo general su influencia se inclinaba más bien del lado de los invasores.

Las fuerzas mexicanas fueron divididas en dos partes llamadas ejército del este y del centro. El primero estaba al mando del General Jesús González Ortega, quien había sucedido en este puesto al General Zaragoza, héroe de la batalla del Cinco de Mayo, con motivo de la repentina muerte de este último, y el segundo al mando del General Comonfort, quien llegó á Puebla el 3 de Febrero de 1863, donde tuvo una conferencia con González Ortega sobre el plan de campaña que deberían adoptar conjuntamente para la próxima lucha contra los franceses. Ambos convinieron en que era indispensable para el buen éxito de la causa, que el mando supremo lo tuviera un jefe, y convinieron para nombrarlo en el siguiente arreglo: Si el ejército francés atacaba primero á la ciudad de Puebla, el mando supremo recaería sobre González Ortega; pero si en lugar de ésto pusiera sitio á la capital, entonces Comonfort sería el comandante en jefe. Este convenio fué sometido á la aprobación del Gobierno. Pero, sin que se sepan los motivos, Juárez se opuso á dicho arreglo, y se les ordenó á los dos comandantes que operaran independientemente el uno del otro, bajo la dirección del departamento de la guerra. Esta disposición fué poco atinada, pues no permitía libertad de acción á ninguno de los jefes y echaba la responsabilidad sobre el departamento de la guerra, todo lo cual impedía que los jefes tomaran la iniciativa en las operaciones arriesgadas, que es en donde se manifiesta el genio del comandante de un ejército, convirtiendo muchas veces en victoria lo que al principio parecía derrota.

No cabe duda de que si el mando de todas las fuerzas hubiera dependido de un solo jefe, Puebla hubie-

ra sido mejor provista con municiones de guerra y víveres de lo que estaba, pues hubieran sido mejor estudiadas las verdaderas condiciones de la ciudad. Sin embargo, con motivo de las continuas representaciones de González Ortega, el Presidente y el ministro de Relaciones resolvieron visitar á Puebla durante los primeros días de Marzo. De este modo se convencieron de que era cierto lo que manifestaba González Ortega y que la ciudad no se encontraba en condiciones de resistir un sitio prolongado, por cuyo motivo Juárez prometió enviar suficiente cantidad de provisiones y de municiones de guerra. Pero ya los franceses se habían puesto en camino, y dos semanas después se encontraban frente á los muros de Puebla, lo cual impidió que Juárez cumpliera su promesa.

Si Puebla hubiera estado debidamente provista de víveres y municiones de guerra, podría haberse sostenido indefinidamente, pues no les había sido posible á los franceses transportar de Veracruz sus cañones pesados de sitio, y de consiguiente se vieron obligados á atacar la ciudad con piezas de pequeño calibre. Sin embargo, debe recordarse que toda esta artillería era de lo más moderno y las fortificaciones contra las cuales estaba dirigida eran poco mejor que de tercer orden.

Entre tanto los franceses, que habían aprendido una lección con su derrota en la batalla del Cinco de Mayo del año anterior, avanzaron muy despacio y con la mayor cautela sobre la ciudad, tomando toda clase de precauciones aconsejadas por las prácticas militares y reconociendo cuidadosamente cada palmo de terreno. La marcha sobre Puebla tuvo lugar por el mismo camino que la del año anterior; y así se detuvieron en Amozoc, desplegando sus fuerzas hacia las Animas y Chachapan, donde tuvieron varias escaramuzas con la vanguardia de las fuerzas mexicanas.

Pero no perdieron su tiempo los franceses demostrándose en este último lugar, pues el día siguiente poco antes de las 9 aparecieron del lado este de la

ciudad y fué saludada su llegada á la hacienda de los Alamos con el retumbar de los cañones del fuerte de Guadalupe, el mismo que el año anterior había sido el primero en desafiar al ejército francés cuando se presentó ante la ciudad.

Inmediatamente dió principio el comandante francés á la erección de fortificaciones en la vecindad de Amalucan y Las Navajas, con el objeto de proteger sus movimientos. Este trabajo fué hecho con rapidez, haciendo levantar trincheras de tierra, y poco después del medio día las líneas francesas se habían extendido hacia la derecha en dirección de los dos fuertes de Guadalupe y Loreto, los cuales habían representado un papel tan importante en la famosa batalla del Cinco de Mayo del año próximo anterior.

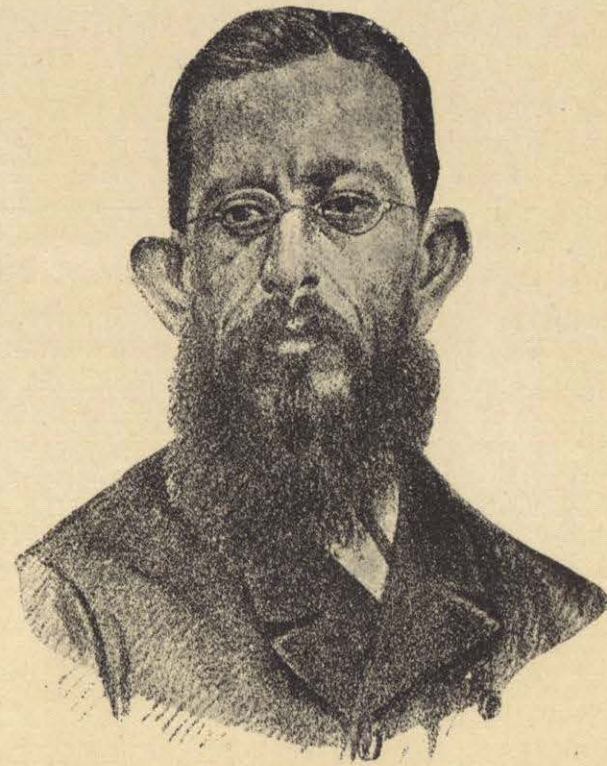
El día siguiente apareció cerca del teatro de los acontecimientos el ejército del Este al mando del General Comonfort y se mantuvo á la retaguardia de los franceses, listo para atacarlos en caso que éstos se decidieran á tomar por asalto la ciudad de Puebla, cosa que se esperaba con gran seguridad, de acuerdo con las tácticas que habían empleado el año anterior. Pero Forey había determinado no arriesgar nada y proceder con toda la prudencia que aconseja la estrategia militar, y de acuerdo con ese plan, durante los próximos cinco días continuó extendiendo sus trincheras y sus tropas al rededor de la ciudad, cortando las líneas telegráficas que la comunicaban con el exterior y tomando posesión de las posiciones dominantes como el cerro de San Juan, donde el general francés estableció su cuartel general.

Hablando del sitio de Puebla, el mismo General Díaz dice que el primer punto objetivo de los franceses fué el fuerte de San Javier, al lado oeste de la ciudad, y los Redientes de Morelos á 650 metros poco más ó menos al sudeste de aquel. Fué allí donde hicieron sus primeras trincheras y amenazaron ambas fortificaciones. Colocaron sus baterías en la segunda trinchera, y el 26 de Marzo lograron destruir la fortaleza y la mayor parte de los edificios de San Ja-

vier, al oeste de los cuales se encontraba la Penitenciaría y detrás de la cual y hacia el sur estaba situado el panteón de Iturbide. El ataque se continuó activamente y el cañoneo fué mantenido casi sin interrupción durante varios días, hasta que finalmente San Javier fué tomado por asalto. Las tropas mexicanas se retiraron cuando ya era imposible permanecer más tiempo entre las ruinas de la fortaleza, y tomaron posiciones entre los otros edificios sólidos de esa parte de la ciudad. Día tras día los franceses continuaron de esta manera el ataque y los mexicanos pelearon el terreno palmo á palmo. Cuando eran arrojados de un punto, inmediatamente tomaban posesión del que encontraban más cerca y conveniente en su retirada, para atrincherarlo y continuar impidiendo el avance de los franceses. Posición tras posición fué tomada de este modo por los sitiadores, sólo para encontrarse con otra línea temporal de defensa impidiéndoles el camino.

El General Díaz había sido apostado en la Plaza de San José, en línea directa al sur del fuerte de Loreto; pero en la noche del 1° de Abril, recibió órdenes de ocupar con su brigada las manzanas de edificios alineadas de norte á sur todo á lo largo del frente del enemigo. Hacia su izquierda estaban los Redientes de Morelos y á su derecha el fuerte Demócrata, dentro de cuyos muros estaba la iglesia de Santa Anita. Extendiéndose á lo largo de esta larga línea que se dió orden de cubrir á las tropas de Díaz, estaban en sucesión: la Plaza de San Agustín, destinada á servir de cuartel general de la brigada, el teatro del Progreso, el Hospital para los pobres y las iglesias de Dolores y San Ramoncito, todas posiciones de gran importancia.

El General Díaz relevó al General Mariano Escobedo, cuyas fuerzas habían sufrido terriblemente en la defensa de la línea; mas como la orden de retirarse había sido dada á este último antes que llegaran las fuerzas que lo iban á relevar, cuando éstas llegaron ya las tropas habían desocupado el edificio del



GENERAL MARIANO ESCOBEDO.

Asilo para los Pobres, lo que dió á los franceses la oportunidad de ocuparlo, lo que hicieron inmediatamente. Este incidente ha sido explicado de diferentes modos por los historiadores, por consiguiente, el relato que sobre ese particular hace el General Díaz es de especial interés. Dice así:

“En los momentos en que yo relevaba á la brigada del General Escobedo, fué ocupada por el enemigo la manzana del Hospicio, intercalada en mi línea, porque la fuerza que la cubría se había retirado sin esperar la que debía relevarla, y conocido el caso por el Cuartel General, se me ordenó no la disputara en esos momentos, sino que ocupara prontamente las que aún quedaban en nuestro poder.”

La posición que ocupaba el General Díaz era difícilísima. Enfrente tenía al enemigo en toda su fuerza; y á su izquierda, y casi dentro de sus líneas, parte del edificio del Asilo estaba en poder de los franceses, quienes habían resuelto aprovecharse de las ventajas que habían ganado debido al descuido de una parte de las fuerzas al mando de Escobedo. Cuán grande era realmente el peligro que amenazaba las líneas del General Díaz, él mismo lo expresa del modo más gráfico y verídico, como sigue:

“Como á las seis de la tarde del dos de Abril de 1863, comencé á sentir trabajos de zapa procedentes de la manzana del Hospicio, dirigidos contra la de San Agustín, por el frente de la casa conocida con el nombre de Cuartel de San Marcos.

“Al principio me parecieron subterráneos los golpes, pero á poco comprendí que se hacían perforaciones en los muros de la acera del Hospicio para sacar por ellas las bocas de los cañones, y batirme en brecha el cuartel de San Marcos. Me situé desde luego en esa casa, reforcé hasta donde era posible las obras de defensa de los puestos que daban á ese frente y coloqué tropa dispuesta á defender los balcones. Llegado el momento del ataque y listas ya las defensas construidas dentro de la casa, comenzó á las ocho de la noche el fuego de una batería que destruyó el

muro que separaba las dos puertas de una tienda que quedaba á la derecha del zaguán y rompió las hojas que las cerraban, lo mismo que los atrinchamientos que reforzaban á éstas por dentro, y convirtió todo ello en una amplia brecha. . . . El techo de la tienda era de bóveda muy sólida y por ese motivo no cayó.

“Durante el cañoneo, aplicaron los franceses un fuerte petardo á la puerta del zaguán del cuartel de San Marcos que previamente había yo reforzado por dentro con las baldosas del patio, del mismo zagán, y con un gran hacinamiento de tierra. Debido á esto el petardo no causó el efecto esperado sobre la puerta, y los franceses tuvieron que asaltar por la brecha abierta en la tienda.

“El asalto fué resistido enérgicamente durante más de dos horas. . . .

“Hubo un instante en que el ímpetu de la carga de los franceses en el patio de la casa desmoralizó á mis soldados que llegaron á huir en desorden; pero lo pequeño de la horadación por donde tenían que pasar, no permitió que se retiraran todos. En estos momentos disparé personalmente contra los franceses ún obús que tenía en el patio, cargado con metralla y apuntando para el zaguán, y la descarga los desmoralizó al grado de que abandonaron el patio que ya ocupaban y se replegaron al zaguán.

“Entre mis soldados que habían huído del patio, estaban los del pelotón que servía el obús. Quedó con él solamente el cabo. Entre él y yo cargábamos de nuevo la pieza, cuando de entre los asaltantes se adelantó un zuavo en ademán de atacar al cabo. Salí á la defensa. . . . Quise sacar al efecto mi pistola, pero con los golpes que había sufrido en la refriega se había desarticulado sin que yo me diese cuenta de ello, y me quedé con el puño en la mano, el cañón en la funda y el cilindro rodó por el suelo. Arrojé aquel inútil puño al pecho del zuavo y me adelanté sobre él con intención de desarmarlo; pero sintiendo un golpe, se creyó sin duda herido, porque había muchos



CORONEL MIGUEL CASTELLANOS SANCHEZ.

disparos en esos momentos, y regresó rápido al zaguán en donde estaban sus compañeros.

“El disparo del obús y la retirada consiguiente de los franceses, reanimó á mis soldados que habían huído y muchos de ellos regresaron á su puesto y parapetados tras de una fuente que se hallaba en el centro del patio, se defendieron con ella é hicieron fuego vivo sobre el zaguán en donde había yo hecho una excavación para sacar el material que sirviera de refuerzo á la puerta de la calle y en ella hundidos se abrigaban los asaltantes. Mandé con tal motivo al Teniente José Guillermo Carbó con 50 hombres que subiera al corredor del segundo piso de la casa para batir desde allí á los de la excavación. Los fuegos de Carbó fueron tan eficaces que poco lo resistieron los franceses y se replegaron á sus posiciones.

“Como á las diez y media de la noche, todo había concluido en la manzana de San Agustín. Una vez que el enemigo volvió á sus puestos fronteros, salí con la tropa suficiente á cerrar la brecha que había abierto la artillería contraria y establecer la terracería de defensa, obra costosa para nosotros, porque la hacíamos bajo el fuego de fusilería; mas al fin la terminamos y quedamos en mediano estado de defensa para el caso de nuevo ataque que tuvo efecto el día siguiente.

“Me ocurrió mandar hacer una serie de diez perforaciones en la bóveda de la tienda, poniendo en cada una de ellas á un soldado con una mecha encendida en la mano y cuatro granadas de mano con mechas unidas todas por el centro, para poderlas incendiar á la vez, con orden de verificarlo y echarlas por la perforación en caso de que el enemigo llegara nuevamente hasta donde antes lo hizo.

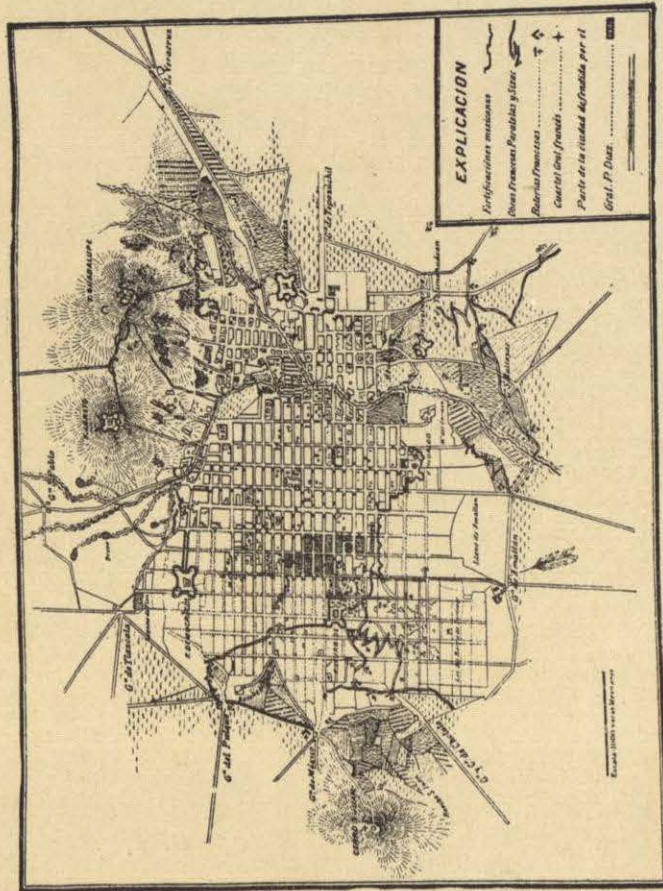
Pocos momentos después de terminado el asalto de San Marcos, vinieron á avisarme que en la calle de las Cabecitas que pertenecía también á mi línea era atacado el Coronel Balcázar, jefe de esa manzana y que se me había agregado esa misma noche para cubrir todas las manzanas cuya defensa se me enco-

mendó. Me trasladé inmediatamente al sitio indicado y encontré que los franceses habían seguido el mismo procedimiento que habían empleado horas antes contra el cuartel de San Marcos, esto es, que después de abrir brecha con su artillería, lanzaron por ella una columna de asalto que, aunque fué resistida enérgicamente, ocupó el primer patio de una casa que tenía el segundo muy largo y que por esa razón se llamaba "la casa de la Cerbatana." Llegué en los momentos en que se perdía el citado primer patio, y ayudado por el Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez, atravesé un mostrador viejo de madera y coloqué allí á los soldados para que lo defendieran. El callejón que formaba el segundo patio fué defendido con heroicidad, y como quedaran cortados dos pelotones de nuestros zapadores en algunas de las piezas del primero, se defendieron allí por más de cinco horas que éste permaneció ocupado por los franceses. Mandé perforar los muros para comunicarme con aquellos zapadores á quienes pude á tiempo proveer de municiones.

"Practicada esa operación y contando ya con el concurso de los soldados aislados que secundaban mi empuje, logré arrojar á los zuavos á la calle, cubriendo en seguida la brecha. Por medio de aspilleras para fusil establecí luego fuegos convergentes hacia esa brecha. . . . Toda esa operación acabó al amanecer del 3 de Abril y en ella se hizo notable por su valor temerario el Lic. don Miguel Castellanos Sánchez, auditor del ejército.

"El Sábado de Gloria, 3 de Abril, como á las nueve de la mañana comenzó un cañoneo en la misma forma que el anterior frente á una casa perteneciente á la propia manzana del cuartel de San Marcos, por su frente oriental (lo que llamaban cuartel tenía su frente al norte). Había yo encomendado al Coronel de mi Estado Mayor don Manuel González, la defensa de esa casa con una compañía del Batallón Morelos del que era capitán don Máximo Velasco.

"Como ya el sistema de ataque de los franceses



SITIO DE PUEBLA

comenzaba á serme familiar, la defensa me fué menos difícil. Los cañones usados en ese ataque eran más poderosos que los de los que se habían servido en los dos anteriores, pues no solamente destruyeron con sus proyectiles el muro exterior, sino dos más que les seguían paralelamente. Cuando llegué al lugar del ataque, estaba abierta una gran brecha en la manzana, con la anchura de una calle. No pudieron sin embargo los franceses dar el asalto porque durante el cañoneo se les desplomaron los techos de la habitación donde habían colocado sus cañones, los cuales fueron cubiertos por pesados escombros. En aquellas circunstancias mandé salir á la calle al Coronel Rosales, con sus soldados, con el objeto de apoderarse de la batería; pero esto fué imposible porque tenían encima materiales que había que quitar bajo cercanos fuegos transversales, muy nutridos, del enemigo. Desistimos de la empresa y pudimos cubrir nuestra brecha, por estar libre de asaltantes la acera de enfrente. En la noche incendiamos el edificio desplomado, perdiendo por consiguiente el enemigo los montajes de sus cañones, de los cuales algunos que habían quedado cargados se dispararon en virtud del incendio. El Coronel González, que fué herido en este combate, había llamado mi atención en varios encuentros, lo mismo en Oaxaca en el ataque de la Esquina del Cura Unda el 8 de Enero de 1858, que cuando lo mandó Cobos el 5 de Agosto de 1860 á cerrarnos la retirada para la Sierra; pero tanto como admiraba su valor se me había hecho odioso, porque en aquellos tiempos de poca tolerancia lo eran todos los enemigos que de alguna manera se distinguían.

“Por este motivo, y no obstante que personas de su familia me habían hablado para que me interesara yo con el Gobierno á efecto de que fuese admitido en nuestras filas, yo me había negado á hacerlo; pero un día, poco antes de que los franceses cerraran el sitio de Puebla, se me presentó diciéndome poco más ó menos: “He solicitado de usted varias veces que me ayudara á conseguir un lugar en las filas del ejército



mexicano con mi carácter de Teniente Coronel; usted se ha negado, ó no ha podido conseguirlo del gobierno. Ahora ya no hay tiempo de formular solicitudes, porque al enemigo no sólo lo tenemos dentro del país, sino muy próximo á atacar esta plaza; vengo á pedirle á usted otra cosa muy distinta: un lugar en sus filas y un fusil. Piense usted que como usted soy mexicano y sé morir por la patria."

"Le contesté que á hombre de sus antecedentes y que tan generosamente ofrecía sus servicios, no le podía poner en las manos un fusil; pero que tendría lugar á mi lado como un amigo y que pronto le facilitaría la ocasión de que se diera á conocer" . . . . .

"En efecto, cuando los franceses aún estaban estrechando el diámetro de su línea de contravalación, propuse un día al general en jefe ir á batir un puesto un poco distante de sus vecinos y aún no comunicado con ellos, porque no había terraplenado ó colocado puentes en las barrancas que los separaban entre sí.

"Puse una compañía á las órdenes del Teniente Coronel Manuel González, la que maniobró también y con tanto éxito en su operación, que á mi regreso, cuando todo había concluido, el general en jefe me preguntó quién mandaba aquella compañía, y aproveché la ocasión para presentarle á González mandándole en seguida que se retirase. Referí al general en jefe la manera con que ese oficial se me había presentado, y entonces dió orden al Cuartel-Maestre que se hallaba presente para que González fuera dado á reconocer como Coronel. No sé si fué por equivocación ó porque el general en jefe quiso darle el ascenso. . . . Se le quiso hacer pasar al Estado Mayor del Cuartel-Maestre. . . . . Supliqué al general en jefe que González quedara á mi lado para emplearlo como oficial de filas."

Después de la narración interesante, de cómo se establecieron las relaciones de amistad íntima entre el General Díaz y Manuel González, relaciones que sólo terminaron hasta que González murió después de haber sido presidente de la República durante un



GENERAL MANUEL GONZALEZ.

período constitucional, el General Díaz continúa la descripción del sitio de Puebla del modo siguiente:

“Apenas concluido el ataque contra las posiciones del Coronel González, y sin que precediera fuego de cañón, se lanzaron dos pelotones de zuavos por la brecha mal cubierta del Cuartel de San Marcos, donde habían atacado la noche anterior; y dado que el paso por el zaguán era difícil y estaba defendido desde el patio, se aglomeraron en la tienda los zuavos. En esos momentos los soldados que la cuidaban, desde las perforaciones del techo lanzaron simultáneamente las cuarenta granadas de mano que con anterioridad estaban preparadas. Como la sucesión de detonaciones conmovió mucho la casa, los soldados mexicanos abandonaron sus puestos y se replegaron al corredor, porque creyeron que esa parte se iba á derrumbar. Al desaparecer los espesos nubarrones de polvo y humo levantados por la explosión de las granadas, se advirtió que los zuavos se habían retirado á sus posiciones dejando los muertos y heridos graves que no pudieron huir, y se limitaron á cañonearnos.”

Después de este ataque no volvieron los franceses á intentar nada contra mi línea por todo el tiempo que duró el sitio, no obstante que repitieron muy serios ataques contra los Redientes de Morelos, el Fuerte de Ingenieros y Convento de Santa Inés, etc.”

“El día 5 de Abril comenzó un fuego en brecha, procedente del lado de la manzana del Hospicio que ve al oriente sobre la manzana que defendía el General Ignacio de La Llave, en la calle de la Estampa de San Agustín. Familiarizados ya con el sistema de ataques de los franceses, comprendimos que una vez practicada la brecha, vendrían las columnas de asalto. Con este motivo nos preparamos á resistir.”

“El General Berriozábal puso en la trinchera que ligaba á San Agustín con la manzana vecina hacia el oriente dos cañones para batir á metralla la calle que debía atravesar la columna que asaltaría las po-

siciones del General La Llave, y cubrió los balcones de una y otra acera con infantes.”

“Yo corrí con un grupo de cabos y sargentos sobre las azoteas bajas barridas por los fuegos de los balcones del Hospicio, y fui á caer á un punto de la última casa que hacía frente al Hospicio, dejando establecida al mismo tiempo una cuadrilla de zapadores que hicieron perforaciones que me abrieron una comunicación menos peligrosa.”

“En la caída al patio de la casa de la esquina se me inutilizaron dos soldados; pero con los que quedaban disponibles, sostuvimos por las puertas de la tienda un fuego casi á quemarropa sobre la columna que atacaba al General Llave, la cual fué cortada por nuestros fuegos, á más de los que recibía de la trinchera y balcones de la calle de San Agustín.”

“Cuando teníamos que hacer fuego en los combates de horadación, no acostumbraba yo cargar los fusiles con bala sino con cartuchos preparados con 20 pequeñas balas cada uno. Así se explica la eficacia de mis fuegos sobre la columna que atacó la posición del General Llave.”